

# Tierra y Libertad

Barcelona, 15 de abril de 1932

Semanario Anarquista

Año III :: Número 39 :: 15 CENTIMOS

## Los Anarquistas que luchamos en la República Española, mandamos de todo corazón el más sincero de los saludos a los Anarquistas de la Argentina que cayeron en las garras del criminal Uriburu, y a los que impertérritos continúan combatiendo contra la tiranía

Con motivo de la caída del tirano Uriburu en la Argentina se echaron las campanas a vuelo. Un nuevo tirano hacia la merced de dar al país un poco de libertad y por este acontecimiento la angustiosa vida del pueblo argentino se llenó de sol y de risa. Se abren libremente las organizaciones avanzadas, los hombres apegados al federalismo y a la libertad alzan la voz contra las pasadas injusticias y hasta multitud de presos salen del maldito Ushuaia para llenarse del fraternal susurro de la calle preñada de humanidad. Un poco de júbilo. Un grande, indescriptible entusiasmo en el retorno a la lucha social. Los perseguidos, los encarcelados y martirizados por la soldadesca infame de Uriburu, inocente perpetrador de infamias y de crímenes, vuelven de nuevo a la contienda, llenos de fe y de fuerza y de amor y de esperanza y de odio purificador. Anhelantes de anarquía los sufridos anarquistas de la F. O. R. A., dan comienzo a su nueva cruzada emancipadora. Los amados hermanos de la Argentina vuelven a estar en sus puestos; vuelven a estar en la vanguardia de las luchas societa-rias. Las organizaciones foristas renacen en toda su plenitud y como

corolario de una infatigable acción reorganizadora sale de nuevo, reparado, fogoso, intrépido y brillante el diario anarquista "La Protesta" de Buenos Aires.

Los camaradas de la Argentina no se han retirado un momento para reposar de las fatigas pasadas, de los dolores pasados, sino que sacando fuerza del fondo de sí mismos, tornan a enderezar los muchos entuertos que por allí abundan.

Llegados del destierro, salidos del presidio de Tierra de Fuego o de Villa Devoto, no se recluyen en la hedionda torre de marfil de los vencidos, sino que reanudan la tarea que dejaron interrumpida cuando la barbarie oficial pisó el argentino suelo.

Nosotros enviámoles una cordialísima salutación y les deseamos que en los nuevos combates salgan vencedores.

Ojalá que la lucha sea breve y segura y que el proletariado argentino — cansado ya de miserables cuartelazos — unido con los militantes del anarquismo en la F. O. R. A. termine definitivamente con el siniestro poderío de innobles generalotes y de "democráticos" explotadores.

## Cómo fué fusilado el camarada Penina

El 9 de septiembre de 1931 yo desempeñaba el puesto de oficial de guardia en la Jefatura de Policía de Rosario.

Como de costumbre me retiré ese día de 8 a 10 de la noche a cenar a mi domicilio particular. Mientras tanto, quedó desempeñando mi puesto el capitán Luis M. Sarmento, comandante de 5.ª Compañía del Regimiento II de Infantería.

Llegué puntualmente a la hora de relevo y al entrar en el patio que está frente a la guardia policial del Departamento, el capitán Sarmento me llamó aparte y me comunicó que de orden del señor jefe tenía que llevar a cabo la ejecución de un individuo.

—Mi capitán — le dije —. Me gustaría saber qué clase de delincuente se trata; porque si fuera un ladrón o un delincuente común me daría pena y repugnancia tener que cumplir tal orden.

Me aclaró, entonces, que se trataba de un anarquista que había sido sorprendido imprimiendo panfletos incitando al pueblo y a la tropa contra las autoridades que regían el país.

### DUO DILEMA

Siendo yo el único oficial presente en la Jefatura, tenía, contra mis sentimientos y bajo el peso de una gran repugnancia, que llevar a cabo la ejecución de un hombre por el solo delito de no pensar como los que gobernaban y amordazaban al país.

De cuantas víctimas cayeron bajo las sangrientas sarpas del imperalismo de Uriburu me destaca la primera víctima: el camarada Joaquín Penina. A continuación publicamos un documento histórico del que es autor el oficial que mandaba el pelotón de ejecución. Podría decir algo más uno de los soldados del pelotón, en quien el vil asesinato produjo tal espanto que hubo de ser atendido en el Hospital Centenario de Rosario.

El camarada Joaquín Penina

constituyó en el movimiento anarquista de la Argentina una fuerza. Con el asesinato de que fué víctima pierde el movimiento emancipador de Sur América un incalculable millante. Nosotros nos complacemos recordarle en estos momentos en que se está esclareciendo su asesinato. Con ese recuerdo va nuestra sincera adhesión de simpatía y nuestro respeto más sentido hacia los que cayeron por la metralla del más horrendo de los dictadores argentinos.

cababa de recibir tal orden había un grupo de agentes de policía; en otro grupo algo más distante conversaban varios soldados de la Compañía a la que le había tocado ese día guardia en la Jefatura de Policía.

A mi izquierda, formados en línea, tres soldados que — me dijo el capitán — eran los encargados de llevar a cabo la triste ejecución, el triste crimen. Detrás mío camión celular de la policía de Rosario donde ya se hallaba el detenido.

Ignoro si alguien escuchó la conversación en la que se me impartió la orden. Ignoro también quién hizo la designación de los tres soldados ejecutores y del su oficial al mando del pelotón. CAMARINAS, NO; PISTOLAS, pistolas Colt únicamente y yo pregunté si "les haris armar con ca-

los tres soldados, el suboficial de Ametralladoras, un empleado de Investigaciones y yo.

En dos automóviles de los cuales uno precedía y el otro seguía al camión, iban el comisario de Ordenes, mayor Carlos Richieri; el capitán Luis D. Sarmento; el señor Angel Beovide y unas cuatro personas más, cuyos nombres desconozco. Sólo sé que en el momento de la ejecución, la presenciaban unas diez personas.

### EL DESFILE MACABRO

El trayecto a través de las calles de Rosario fué el siguiente: calles Moreno, Santa Fe, Dorrego hasta Ayolas; San Martín, avenida Asilón y atravesando el puente sobre el arroyo Saladillo el camino de tierra que conduce hacia el Burreste de Pueblo Nuevo.

Unos trescientos cincuenta metros después del puente y a la izquierda del camino por el cual marchábamos, la segunda compañía del Regimiento II de Infantería ha construido, cavando en la barranca, un stand para tiro de fusil ametralladora, que tiene la forma de una U. Cuando el camión llegó allí el auto que nos precedía ya había hecho alto y los que lo ocupaban nos dieron orden de que nos detuviéramos allí.

### NOCHE DE ANGUSTIA

La noche era suavemente fresca, de una luna fuerte; pero que por momentos ocultaban las nubes.

Hasta ese instante no había sentido fuertemente en mí la impresión de la orden que tenía que cumplir. Pero el aspecto triste de las quebradas en ese lugar, el mirar temeroso e interrogante de los soldados y el pensar que tendría que apagar una vida en una noche que era más hecha para soñar que para ser manchada con la sangre de un obrero.

No conocía ni el nombre ni el aspecto del detenido. Sólo sabía de su delito.

Frente al Sur se detuvo el camión. Bajaron los tres soldados y el suboficial colocándose a la izquierda, junto al borde del camión y con frente a él.

Desde el grupo de presenciadores en donde se hallaba mi superior, salió la orden de: "Haga cargar las armas".

—¡Carguen! — dije.

En ese instante, por la escalera trasera del camión bajaba el que iba a morir, el que tenía que morir.

### PENINA, SIMBOLO DEL DOLOR PROLETARIO

Venia con las manos esposadas atrás y cuando sus humildes botines de caña tocaron la tierra que iba a besar su cadáver, halló frente a sí a aquellos a quienes habían dicho: "¡Maten!". Sintió el ruido de la carga de las pistolas y entonces yo, que lo tenía a un paso, lo vi abrir los ojos en mirada de asombro y rápidamente comprender...

Dió un medio paso atrás y, más que hombre le vi erguirse en seguida; mordiese el labio inferior como si prefiriera sentir el dolor de su carne mas no el temor. De-

cididamente dió un paso adelante y, después, ya a paso natural, se dirigió hacia la muerte...

El suboficial le acompañaba apoyándole suavemente la mano sobre el hombro izquierdo; se dejó conducir. No dijo una palabra.

Yo iba detrás, a pocos pasos. Desde que lo había visto bajar, en mi frente y en mis ojos sentí que se había posado un velo de extrañeza y de irrealidad. Obraba mecánicamente, llevado hacia donde sintiera una orden.

—¡Ahí! — dijo alguien.

El detenido hizo alto y bruscamente dió media vuelta quedando frente a mí y al pelotón que yo "tenía" que comandar.

La luz de la luna, ocultada por momentos, cala casi perpendicular. Serían las once de la noche.

Entre él y nosotros había unos nueve metros. De su lado, el valor y la muerte. Del mío, la repugnancia y "la vergüenza".

### ¡BARBAROS, LAS IDEAS NO SE MATAN!

Pensé en ese momento por qué ese hombre que yo desconocía no sería un enemigo de mi vida; a quien tuviera armado frente a mí, pronto para matar o defenderse. Pensé que cuanto más valor y sangre fría necesitaría frente a él esposado pero no vencido que delante de alguien que pudiera matar...

No quise prolongar la valiente agonía de ese hombre.

El suboficial se retiró hacia el pelotón; antes de que llegara junto a mí, yo ordené:

—¡Apunten!

Entonces el reo giró la cabeza hacia la izquierda, y mirando con odio al grupo que presenciaba la ejecución y que estaba a unos quince metros de él, gritó: "VIVA LA ANARQUIA!" con un pronunciado acento catalán.

Su voz era templada. Yo no vi temor en él.

—¡Fuego! — ordené sin ver ya nada.

—Tres tiros.

### CRUEL AGONIA

Doblando las rodillas se inclinó lentamente hacia adelante entre gemidos sordos y comenzó a girar sobre sí mismo y hacia el lado derecho. No caía y no quise prolongar su segunda agonía de la carne y, sin mirar ni apuntar, hice fuego hacia él. Dos soldados más sin saber, hicieron fuego también.

Porque por apresurar el instante y acortar el dolor de ese hombre yo hice las cosas tan nerviosamente, que me olvidé de mandar: "alto el fuego".

Al sentir la segunda descarga volví en mí y mandé:

—¡Alto el fuego! ¡Colocar el seguro!

El ejecutado, mientras tanto, sobre quien cayó la segunda descarga, había redoblado al recibir su gemido de dolor, encogiéndose más y más, completó tres cuartos de vuelta sobre sí mismo y cayó para siempre, pecho en tierra, la cara aplastada sobre ella también.

Sali al frente del pelotón hasta colocarme a unos dos pasos del caído que aun temblaba sobre el polvo pero ya sin gemir. Sin mirar casi, tiré.

Parce que no di en él, porque sentí una voz que me dijo:

—¡A la cabeza!

Entonces tiré nuevamente e instantáneamente el reo quedó inmóvil.

Inmóvil para siempre.

### "FUE VALIENTE HASTA EL ÚLTIMO MOMENTO"

Fui hasta mi capitán y le dije: —¡He cumplido la orden! Todos nos acercamos entonces hasta donde estaba el cadáver del que había sido Joaquín Penina y muchos dijeron:

—"Fue valiente hasta el último momento".

Allí puede ver, ya muerto, cuerpo. Vestía pobremente. Zapa-

## Agentes extraños

Es absurda la actitud de muchos camaradas el darle a las luchas sindicales categoría de mito, y es grotesca la pretensión de crear que el sindicalismo por sí solo, puede constituir algo así como un infalible elixir de vida de la emancipación proletaria. El sindicalismo no tiene fuerza si no recurre a la fuerza de una norma orientadora, a un estímulo esencial que le anime para acometer, para llevar a una brillante realización, obras de utilidad colectiva. Vivir con una fuerza propia sacada de sus tácticas, eso solo puede hacerlo una organización que tenga, como aspiración exclusiva, conservar en cantidad el predominio de una clase y sin ocuparse de otra cosa que del inmenso reclutamiento de trabajadores.

Con el sindicalismo revolucionario han pretendido hacer una cosa parecida. Se llegó hasta el desvarío cuando la C. N. T. había llegado a la fantástica cifra de más de un millón de adherentes. Se creyó que la acción confederal era el "alfa" y "omega" de las actividades del proletariado cuando en esa acción tomaron parte gentes caprichosas y advenedizas, individuos que por bagaje llevaban tan solamente unos pobres conocimientos adquiridos de mala manera en los centros oficiales. Se confió en muchos pseudo intelectuales que habían llegado al sindicalismo con la pretensión de ser dirigentes o por un extraño impulso de pertenecer a un organismo rico en inquietud y admirable en valor cuantitativo. Pero la realidad chocó contra la inconsciencia y fué por eso que los intelectuales de la C. N. T. creyéndose insignes monumentos de cultura, aisladamente, trataron de orientar "bien" a la masa confederal. Los intelectuales de la C. N. T. se erigieron en portentosos oráculos del movimiento sindical y condenaron como solo saben hacerlo los poderes coactivos del extremismo de los trabajadores agrupados en la "gloriosa" Confederación, porque aquel extremismo — obra demoleadora del hombre y de la opresión — constituía un serio peligro para la ansiada "reorganización" de la C. N. T. y para la política "revolucionaria" llevada a cabo por "honrados" políticos influyentes y amigos del sindicalismo revolucionario. Los intelectuales no podían estar conforme con los "fanáticos anarquistas de la F. A. I." máxime cuando estos no podían mostrar como ellos un sorprendente título académico o universitario. En los organizaciones de gran contenido solo caben como demagogos aquellos hombres que poseen una asombrosa cantidad de substancia gris — así pensaron muchos sabios célebres que asaltaron la C. N. T. Y ese pensamiento se fué propagando como una infección mortal entre los militantes del sindicalismo refractarios a las terribles sacudidas sociales. La ingenuidad en la contienda confederal de los intelectuales sin criterio y desconocedores de los postulados de la Confederación Nacional del Trabajo ha traído al movimiento de esa organización la depresión y el descrédito como potencia revolucionaria. Hasta se ha llegado a la vergüenza de ver como el "político" tal, como aquel "camarada" escritor o ingeniero o veterinario y ese otro que estudió (¿para traicionar?) han escrito y han hablado de la pernicioso influencia del extremismo y han anatematizado a los que no quieren que la C. N. T. sea un inmenso pesebre ni una posada para reposo de los arriistas ni tampoco estado de miedo de rapaces aventureros del marxismo.

Los anarquistas de la F. A. I. y los anarquistas que abominan de concomitancias y embrollos con la chusma politiquera han de velar por la C. N. T., han de permanecer en los puestos de más responsabilidad y no deben consentir que gente enemiga del ideal anarquista — esencia y potencia del sindicalismo revolucionario — lleven a los trabajadores confederados por adversos y convencionales derroteros.

## El escamoteo de la revolución

Existe en algunos sectores revolucionarios la pretensión de reducir la próxima revolución, la revolución a que obligan las circunstancias mismas en que nos ha puesto el capitalismo; la revolución que surge de un imperativo biológico fundamental, a su mínima expresión. Se habla, incluso en

nuestros ambientes libertarios, del Estado "social" en oposición al Estado policial sin la vieja hostilidad a todo estatismo que nos ha caracterizado siempre; se habla del mantenimiento del sistema financiero y bancario del capitalismo; se habla de la conservación de la industria de guerra y de la función

policial; de la conservación del aparato económico y su simple tras-paso, tal cual es, a los trabajadores. Naturalmente se dice que la transformación vendrá después y se emplea el mismo lenguaje de los que quieren conquistar el Estado para transito warrio.

No es de extrañar, pues, que cuando esas previsiones se hacen en los propios ambientes libertarios haya corrientes autoritarias, como la del comunismo ruso, por ejemplo, que consideran como un ideal la supercentralización estatal y la superracionalización económica, es decir, la más grande esclavización del hombre en viejas instituciones con nombres nuevos; tampoco de-

be extrañar que se hable públicamente, sin sonrojo siquiera, de hacer la síntesis, la fusión entre el capital y socialismo en el terreno teórico, después de haberla hecho en la práctica. (La idea política del filósofo J. Ortega y Gasset).

La revolución que viene abrirá seguramente su cauce y se afirmará por sobre todos los programas y por sobre todas las previsiones de los llamados partidos revolucionarios. Y valdrá más para el porvenir que fuese así, porque en los partidos de la revolución, en todos, desputa y se derriba la idea del monopolio de la nueva situación, el encausamiento de las nuevas rea-

(Continúa en la pág. 2.ª)



La ley marcial vigente en toda su sangrienta fuerza hubiera caído sobre mí al negarme a cumplir una orden del servicio. Insubordinación era la palabra que me hubiera envuelto en la desgracia y me hubiera llevado no al lado, sino frente al pelotón de tiradores. Cercanos al lugar donde ya a-

rabina", como correspondía. No sé qué obstáculos existían, por los cuales no se llevaba el arma reglamentaria.

Serían las 10,30 de la noche cuando se dió la orden de partir. En el camión celular, donde iba el detenido cuyo nombre ignoraba se ignoré mucho tiempo, subieron